

# LA ILUSTRACION NACIONAL

MADRID

DIRECTOR

AÑO XXII.—NÚM. 10

ADMINISTRACIÓN: ECHEGARAY, 34

D. Práxedes Zancada y Ruata

12 DE ABRIL DE 1901



EXCMO. SR. D. VALERIANO WEYLER Y NICOLAU  
MINISTRO DE LA GUERRA

## SUMARIO

**GRABADOS.**—D. Valeriano Weyler, ministro de la Guerra.—El acorazado *Pelayo*, que representa á España en la revista naval de Tolón.—Marela en el bosque.—El Alcalde de Zalamea.—Escogiendo una corrida.—Pasatiempo.—Nota cónica.

**TEXTO.**—La libertad de enseñanza, por Práxedes Zancada.—Mariquita León, por José Nogales.—El descarrilamiento de Ataquines y la Guardia civil—Magdalena, por Augusto Vázquez Barreda.—¿...?, por Alberto Valero Martín.—En La Vega por José de Laugel.—El Alcalde de Zalamea.—Letras y letrillas.—Teatros y circos.—Notas de sociedad.—«Un libro más».—Pasatiempos.—Reclamos y anuncios.

## LA LIBERTAD DE ENSEÑANZA

Respetar la independencia de la cátedra, es un deber de los Gobiernos liberales. Vulneran, pues, los sagrados principios de la libertad los Gobiernos que conviertan la Universidad y la Escuela en un instrumento dócil de los Poderes públicos.

Por eso, sin que profundice, en la ley votada en Francia sobre congregaciones religiosas me parece ver en ella un espíritu restrictivo que coarta esa libertad á que antes aludí.

Y no es que no puedan los Gobiernos democráticos prevenirse contra las influencias de una enseñanza clerical; pueden y deben hacerlo; pero dentro de límites racionales que respeten la autonomía de los organismos docentes.

Es decir, que, á mi juicio, ningún Estado puede imponer una enseñanza irreligiosa, del mismo modo que ninguno puede tampoco imponer cátedras de Religión.

Y si la Ciencia puesta al servicio de la Iglesia ó, mejor dicho, al de muchos de sus fanáticos ministros, pierde su carácter augusto y se transforma en una mera dogmatizadora de misticismos vanos é irracionales, la Ciencia, puesta al servicio de la indiferencia religiosa, engendra sociedades positivistas, sin más ideales que el de sus propios egoísmos.

Esa independencia á que me refiero es la que pide Salmerón cuando dice en uno de sus escritos «*que todo hombre debe ser libre en su vocación, y cada fin libre igualmente en sí, é igual en su relación con los demás*», para que ninguno llegue á invadir ó sojuzgar los otros», y que «la enseñanza debe ser una función social emancipada de todo poder extraño, sin otra ley interna que la libre indagación y profesión de la verdad, ni más ley externa que la que haya de regir á toda sociedad humana, ni otro reglamento que el de la propia organización de la Ciencia como obra sistemática».

Las relaciones de la Universidad y el Estado deben limitarse á la inspección por parte de éste de la buena marcha educativa de aquélla.

Pero el Estado no debe pretender hacer á la Ciencia auxiliar de sus propósitos, porque pervierte la enseñanza, como el ejemplo del Doctrinarismo francés atestigüa.

Tres son los modos bajo los cuales suele establecer sus relaciones el Estado con la Instrucción pública: 1.º, el sistema de libertad ilimitada, en que el Gobierno abandona la enseñanza á los particulares; 2.º, sistema de dirección exclusiva por el Estado; 3.º, un sistema mixto.

Como decían los eminentes tratadistas ingleses Jhon Rusell y Stuart Mill, no puede el Estado prescindir de que su influencia en la educación de un pueblo sea notada, porque lo contrario significaría una abdicación de sus principios tutelares; pero esa influencia no debe ser de tal suerte que pretenda crear una Ciencia á su imagen y semejanza, pues si eso sucediera, se tendría el absurdo de que la Ciencia, que es lo eterno, se supeditaba al criterio del Estado, que es cosa temporal y mudable.

Una fiscalización rigurosa del Estado en la misión educativa de la Universidad, desvirtuaría la verdadera significación de ésta, obligando á la cátedra, perdida su honrada independencia, á ser mandataria del Poder ejecutivo.

Y del mismo modo que debe respetarse la libertad del catedrático, debe protegerse la del alumno. Porque tan contrario á los buenos principios liberales es que se haga á un catedrático prescindir de sus ideas, como que se haga al

alumno, para obtener el aprobado, pasar por las horcas caudinas de las ideas del profesor.

No puede hacerse la cátedra de Religión y Moral obligatoria sin grave detrimento de los principios democráticos; pero tampoco, sin menoscabo para esos mismos principios, puede á nadie obligarse á que en el acto del examen tenga que hacer profesión de sentimientos que no sean los que libremente le dicte su conciencia. Hay estudiantes que, poseyendo sólidos conocimientos en determinadas asignaturas, no han podido aprobarlas por disparidad con el criterio político del profesor. Y del mismo modo que es reprochable el despotismo del Estado, es reprochable la tiranía de la cátedra.

La libertad de enseñanza debe corresponder á la libertad de aprender. Cada alumno, al desenvolver su actividad intelectual, puede sentir inclinaciones por determinadas escuelas filosóficas y políticas. Coartar ese desenvolvimiento en armonía con las condiciones psíquicas del individuo, es coartar los impulsos de su naturaleza misma, mutilando su voluntad, sometiéndola á una esclavitud deshonrosa.

¡Libertad en todos los órdenes!... Pero libertad que obedezca á esos principios esenciales, sin los cuales lo es sólo de nombre, falta de eficacia y resultados prácticos... Libertad que se cimiente en el mutuo respeto á todas las creencias.

La circular del señor Conde de Romanones sobre la libertad de la cátedra, estaba inspirada en estas consideraciones que informan mis juicios.

El señor Ministro de Instrucción pública, que une á sus condiciones de talento una percepción muy clara de la realidad, habrá seguramente de inspirar su obra en un espíritu de recto liberalismo.

PRÁXEDES ZANCADA.

## Mariquita León

A continuación transcribimos un capítulo de la última novela de Nogales, primorosamente editada por la casa Maucci, de Barcelona.

D. Jacinto sentía una especie de fiebre carcelaria que le impulsaba á huir del pueblo. Sabía que jamás llegaría á entrar en aquel ambiente, á conformarse con la vida tal como allí iba discurriendo. Puede decirse que su estancia pendía de un cabello... del hilo de vida que quedaba al niño de Mariquita León. Por lo demás, nada le retenía ya en el pueblo. Aquel positivismo codicioso, aquel correr tras del ochavo con ansias de mendigos sedientos, aquella brutal indiferencia por todo lo que no fuera el número uno, la cruda egolatría de un pueblo de bestias que ni aun el látigo de la desgracia colectiva mueve, repugnábale, á él, que tenía ideal, que se había criado en otra atmósfera y guardaba el culto á las ideas como uno de los menesteres de la racionalidad. ¡En algo nos hemos de distinguir de las demás especies!

Y sin darse cuenta de ello, iba como despidiéndose, visitando lo mismo á los enfermos que á los sanos. Una tarde de aquellas entró en casa de los herederos de Larán larán. La verdad es que él mismo no sabía con qué propósito había ido allí. Constantino apenas le vio entrar dió un respaldito como una res, una *rejustrada*, como allí dicen, y salió de estampía. La novia le recibió, con mediana atención, y de pronto le plantó dos excusas como un par de banderillas.

—¡Qué habrá dicho usted de nosotros! Pero estamos partiendo... ¡usted no sabe! Con el primero que tenemos que cumplir es con Don Jacinto. Eso hemos dicho todos... todos.

¡Qué vergüenza para el médico!

—Piensan que vengo á cobrar. No les pasa por el pensamiento que pueda yo venir á otra cosa. ¿Y á Mercedes se le ocurriría lo mismo? No.

Estaba allí envuelta en su mantón negro, tiritando con fiebre. En sus ojos leía el médico una gran alegría mezclada con una gran contrariedad.

—Si no puede ser, ¡Dios mío, para qué vuelve!

Los dejaron solos en aquella galería que doraba el sol, como incendiando los cristales. Como estaba ya muy bajo, pintaba de color de rosa los bordes de unas nubes grises que estaban paradas en el aire. Y en el fondo calmoso de aquel silencio, pensaba el uno ¿cómo principiaré? y la otra, sé lo que va á decirme... y por eso estoy temblando. Ahora sabía bien Don Jacinto por qué había entrado allí. Lo que tenía que decir era muy sencillo; una sola pregunta:

—Mercedes, yo me voy. Espéranme allá en una casita humilde, etcétera, etcétera. ¿Quiere usted

venir á ser el alma y la alegría de aquella casa? Sí, o no, y en paz con todo el mundo.

¡Pero qué sencillez tan tremenda! ¡Qué de escollos en torno de una interrogación que ocasiona un estremecimiento de todas las fibras con que se quiere!

—¡Qué clima más hermoso! ¡Cualquiera diría que estamos en invierno! Sí, porque ya escamos en invierno. He cogido lirios en los vallados. Yo no sabía que había lirios en este tiempo, ni que las cunetas de la carretera se cubren de flores, de margaritas blancas...

—Aquí, siempre. Es lo único bueno que tenemos. El sol.

—No sé cómo hay quien padezca... Cuando leo que hay infelices que se mueren de frío estos días, ¡con qué ganas haría limosnas de sol, de éste, que calienta los huesos y hace á la sangre arder.

—Dicen que el sol sale para todos... pero no es verdad. ¿Qué dice usted?

—Al sol, como todos los bienes del mundo, hay quien lo bebe hasta por los poros, y hay quien sólo lo ve á través del hielo, de la soledad y la miseria. En el mundo hay dos castas, Mercedes.

—Verdad, verdad. La casta de los que ríen y la casta de los que lloran. Hace tiempo que lo sé.

Y con la mirada quería decir: «¡Yo soy de esa!» «Vaya», pensaba el médico... «Que no sé cómo demonios he de ir derecho á la pregunta.» Y, arrancándose de golpe, dijo:

—A usted le convendría mucho salir de aquí... quitarse de esta casa llena de recuerdos. ¿No le agradaría á usted?

Y se quedó esperando la respuesta. Mercedes miraba al cielo, á las nubes grises que iban perdiendo el color rosáceo de sus bordes...

—El alma tiene sus enfermedades también; son las más graves. Hay un sol para el alma...

—Pero es como el otro. Sale para unos; para otros no. Ya lo dijo usted, en el mundo hay dos castas.

—Para eso, no. El sol del alma, lo que calienta y conforta por dentro, es para todos. Mire usted, mi hermana es pobre... pero en lo demás es riquísima. Tiene un marido que es el hombre más de bien que se conoce, y dos chiquillos rubios que parecen manzanas coronadas de espigas... pues para ella sale el sol y la inunda por dentro; afuera sale convertido en salud y en alegría. ¿No le agradaría á usted tener esas dos cosas... como mi hermana?

—Sí, ¡Ya lo creo! Pero, ¿cuándo podría yo tener esas dos cosas? ¡Salud y alegría! Nunca.

—Como usted quisiera...

—¡Querer, querer!... ¡Apenas es hondo esto! No sabe usted lo que yo daría algunas veces por ser como los pájaros, que tienden las alas y no hay mundo para ellos. ¿Para qué? Después de todo, siento una cosa que me amarra, que me clava aquí, como acabará por clavarme en esta butaca. Algunas veces pienso si yo habré caído por equivocación en este huerto... ¿No ha visto usted cómo en un mazo de flores sale una col y en un campo de coles un rosal? ¿Quién dejó caer la semilla? ¿Quién se equivocó? ¡Vaya usted á saberlo! Yo seré la col... el caso es que á mí me tocó beber lo amargo, como dice el Padre Baquero: por mí pasan todas las penas que vienen enristradas unas con otras, sabe Dios desde cuando.

—Pero ese es un fatalismo absurdo. Usted se imagina que la luz no tiene más que dos colores: no, hija, tiene muchos. Usted no ha visto más que un lado del mundo, el negro. Mercedes... dígamele usted con seriedad, como se dicen las cosas que no se repiten nunca, como si yo fuera su... hermano: con la gravedad de lo que influye en la vida... ¿quiere usted ver el color blanco del mundo, el resplandor del alma? ¡Yo puedo hacerlo!

Y tras este «yo puedo hacerlo», en que un alma amorosa esparcía su voluntad con toda la fuerza del afecto humano, el médico esperó la respuesta decisiva, seguro de que Mercedes lo había comprendido y no era menester clarearse más. En aquel momento el rumor de mujeres que charlaban en la cocina alzóse más en risotadas bestiales. El comentario zafió de alguna noticia, algún cuento verde, acaso un incidente burlesco de la murmuración, ¡quién sabe! Pero Mercedes sintió como un latigazo despiadado... parecióle que esas risotadas eran las primeras explosiones de una lucha encarnizada y odiosa, en que el interés tomaría forma de insulto, el despecho, ropaje de grosería, la innoble ambición, tonos burlescos... y para eso no tenía valor. No. ¡Antes la muerte! Sacar á la plaza lo íntimo de su espíritu; arrastrar por las cocinas las delicadezas de su amor, hacer trizas su afecto, convertir en materia de donaires lo que para ella tendría que ser culto y religión y fuente sellada de goces tranquilos, ¿eso querían? Pues eso, nunca.

—No quiero ver más color que el que ví siempre. No saldré nunca de aquí... es decir, saldré cuando vaya con mi padre, que me está esperando.

—¿Esa es la decisiva?

—La decisiva. ¡No hay otra!

Y no quiso mirar al médico, porque temía que si le miraba, podría no ser tan decisiva la respuesta. Hubo otro silencio un poco más largo. Mercedes, con una rara persistencia, miraba al girón de nubes que cambiaba de forma: seguía el risoteo de las

mujeres en la cocina, y el médico parecía que había tragado algo muy doloroso que le impedía hablar. Por fin rompió allá como Dios quiso:

—Efectivamente, este es un clima muy hermoso. Sólo así se comprende que haya en la tierra lírios. ¡Qué buena es la tierra, y qué agradecida!

—Sí. Es lo único bueno que tenemos; el sol. —Por eso digo, ¡qué agradecida es la tierra! ¡La besa el sol? Pues da flores. Eso no se puede remediar.

Y bastante conmovido, haciendo por aparecer sereno é indiferente, levantóse, tendió su mano un poco fría, que estrechó, que la rozó mejor dicho, con otra más fría la triste Mercedes, y no encontrando fórmula adecuada para una despedida eterna, que por lo mismo había de ser desgarradora.

—¡Adiós!—la dijo.  
—¡Adiós, adiós!—le contestó Mercedes con la voz temblorosa... y así se despidieron dos almas que ya no debían encontrarse nunca.

—Ya no tengo ese peso: se rompió el lazo. Después de todo, en la raíz de un berro se enreda un alma. No debía marchar sin aclarar este punto... Ya no puedo desear más que dos cosas, que vienen á ser una misma: paz y olvido. A trabajar, á saber, á tirarse de cabeza en el estudio, única cosa que emborracha decentemente al hombre... ¡fuera de aquí! ¡Arriba! ¡A buscar oxígeno!

El P. Baquero venía calle arriba hablando mano á mano con los podadores.

—Me alegro de encontrarle. Ya están esos ahí; lo esperan.

—¿Quiénes?  
—Parece usted tonto. Los médicos. Los de la consulta.

—¡Ah! es verdad.  
Ni se acordaba. Sintió un gran consuelo en tener que hablar y ocupar su espíritu en cosas cruelmente serias, en hacer que el médico acallara al hombre, con un gesto científico, seco, brutal. Mariquita León le había indicado:

—Una consulta... ¿qué le parece á usted?  
—Sí. Corriendo.

Y sintióse aliviado de otra responsabilidad. ¡Cómo pesa ese misterioso vacío de la ciencia, ese andar tanteando en las sombras! ¡No conoce uno la ley? Pues le piden que la tuerza, que la amolde, que la apañusque al caso.

—¿Por qué, por qué?—grita el enfermo.  
—¿Por qué?

Y el médico tiene que pensar.  
—¡Desgraciado! Si yo lo supiera... bastante hago si averiguo el cómo.

—¿De modo que vinieron los compañeros?  
—No le digo á usted? Flautilla el de Oblita y D. Cesáreo. Mariquita no vive. Yo creo que la pobre la tiene tragada. Pero hay que hacer todo, todo.

—Voy para allá. Si usted quiere, véngase y me la entretiene. La consulta va á ser para ella una desesperación. Y luego, ¡hablamos tanto los médicos!

—¿Los médicos? Ahora habla mucho todo el mundo. Es la enfermedad del tiempo. ¿Cómo dijo usted que se llama? No me acuerdo... ah, sí. *Verborrea*. No está mal dicho.

Llegaron á casa de Mariquita. Allí esperaban los médicos. Empezó la consulta, y en tanto el P. Baquero distraía á la madre, que no quería separarse del niño.

—¿Tú ves esto? Pamplinas. No digo que cuatro ojos no vean más que dos... pero los cuatro no bastan para ver la verdad muchas veces. Hay que confiar en cosas más altas... en Dios. El no necesita consultar, porque es el único que sabe lo que hace. Así, que nosotros punto en boca. Lo que nos parece malo puede ser bueno y viceversa, porque, ¡nosotros qué diantre sabemos!

—Bueno, sí. Estoy conforme. ¡Dios! Pues á Dios le pido. ¿Usted cree que Dios querrá quitarme este angelito? ¿Por qué había de quererlo?

—¿Ves tú? Ya comenzamos. «¿Por qué?» ¡Es mucho cuento. Si un cavador ó un podador de esos te dijera: «mi ama, ¡por qué manda usted que esto se haga así ó asao, qué le contestarías tú? Porque me da la gana.» ¡No es eso? Y ya ves que no tiene comparación.

—¿Qué ha de tenerla! Pero yo al que le digo eso le pongo en la mano el jornal y lo dejo ir para su casa, y si tiene hijos los besa, y si tiene mujer le da el dinero como diciéndola: «Toma su tonta: ya ves que mis brazos sirven.» Y se comen el potaje á cucharadas de gloria.

—Que te remontas, que desbarras, Mariquilla. ¡Si supieras qué amargas son esas cucharadas de potaje! Hazte cuenta que vivimos en un valle de lágrimas. Unos lloran porque tienen; otros porque no tienen. Al que se encarama, leña, y abajo de cabeza. Al que se agacha, más leña. ¡Qué mundo sería este, si no hubiera otro después! Y mira que allá no hay tío pásame usted el río, ni más moneda que las obras.

Los dos médicos forasteros llamados á consulta tenían cada uno su método para estos casos. Flautilla el de Oblita, ya se sabe, era de los que jamás prescindían del exordio: «Conforme en un todo con el parecer del distinguido compañero que me ha precedido en el uso de la palabra...» Don Cesáreo,

por el contrario, servíase de gestos más que de voces, procurando hacerlos con la mayor majestad posible. De haber sido músico se las hubiera compuesto á calderones.

Tardaron mucho en salir de la sala, y cuando lo hicieron, quedó todo en su punto. Había que seguir con lo mismo, salvo tal cual variación sin substancia en el régimen dietético.

—Pero se salvará, ¿no es esto?  
—¡Oh! de eso tratamos, señora.

A los dos minutos estaba Flautilla en el casino delante del piano dispuesto á dar una conferencia. El temperamento helicense—es sabido que Oblita era la antigua Hélice de los griegos—se reveló aquella noche en la respetable persona del médico Flautilla, apodado así por su desmedida afición á silbar todo lo silbable. Habló de regeneración según un programa que las *clases neutras* de su pueblo habían estudiado; de un porvenir de pública tranquilidad que el país gozaría á la sombra protectora del susodicho programa...

—Y patatín, patatán—agregaban coreando aquellos escépticos venustenses.

—Yo soy republicano, pero templado, de los que quieren orden y paz y sosiego...

—Bien; eso no nos interesa. ¿Aprendió usted la jota de «Los falsificadores?»

—¡No la había de aprender! En cuanto se estrenó, á Madrid por ella.

—¡Venga de ahí!

Flautilla puso las manos en el teclado, y jota va, jota viene, no quedó hueso sano al repertorio chico. Con ese pan artístico se nutría la generación que capituló en Manila y en Santiago y firmó la paz de París.

Era ya tarde cuando D. Cesáreo llegó al casino. Diéronle bromas sabiendo que andaba emperrado por cierta moza... ¡vamos allá, que todo se sabe! No le disgustaban tales indirectas, á él, que estaba en buena elad, tenía un abdomen majestuoso y un pelo reluciente que parecía untarlo de tocino. ¡Qué bien se peinaba! ¡y qué frente tan bombeada, tan tersa é inalterable tenía!

—D. Cesáreo—díjole uno,—¿es verdad lo que cuentan de aquel que le acompañó á usted?...

—¿Cómo que si es verdad?—dijo otro.

—Chis...lo contaré—saltó Flautilla, que se precia por hacer de narrador.—Ustedes saben lo que es el condenado pueblo donde mi compañero ejerce. Cuestas por aquí, barrancos más allá, un pedazo de población abajo, otro pedazo arriba... Era en el mes de Julio; ¡qué visitita, eh? Estaba el compañero recién llegado y molestábase la perversa costumbre de llamar al médico cuando va por la calle. A lo mejor, cuando se retiraba de un barrio, salía una mujer de aquellos despeñaperros, ¡D. Cesáreo, venga usted! A lo mejor, para nada. Total, que el compañero dispuso no visitar más que á los que avisaran en forma, y no recibir los avisos más que en su casa. Una de las mañanas más picantes, en que á las cuatro echaron á cantar las cigarras, iba el compañero sudando la gota gorda, con un solazo que le achicharraba las espaldas y entró en una casa del barrio alto, allá junto al cementerio; al salir, un vecino de la casa contigua preguntóle:

—D. Cesáreo, ¿va usted á su casa?  
—Cuando acabe.

—Pues vamos allá, porque tengo que hablarle allí.  
—Andando.

Y le acompañó por los demás barrios, de ceca en meca, ahora un cigarro, luego otro, hasta que dieron las diez y entró el médico en su casa. ¡Con qué gusto se quitó la ropa, mudóse de camisa, calzóse las zapatillas y pidió el almuerzo!

—Usted dirá, buen amigo.  
—Pues nada; que tengo un chiquillo malo, bastante malo, y quiero que lo visite usted.

—¿Ahora?  
—¡Pues y entonces!

—Por vida de... en fin, vamos allá. ¿En dónde vive usted?

—¿Qué gracia! ¿No me vió usted salir de casa?  
—¿En el barrio?

—Mismamente.  
—Grandísimo... bellaco, ¿con que paso por su misma puerta y aguarda á decírmelo...?

—Pero como usted no recibe avisos más que en su casa, á estilo de capital, á su casa vengo, y ya está usted avisado. Con que, vamos pa arriba, que es un paseillo y el tiempo está fresco.

Rieron el relato de la novatada, hasta el punto de mosquearse D. Cesáreo, que todo lo tomaba en serio. Gracias que en aquel momento llegó D. Jacinto y hubieron de variar el tema de conversación. Estuvo obsequioso con los compañeros; después de todo, sentía un alivio en adormecerse con toda aquella garrulería, en trasnochar un poco escuchando las jotas de Flautilla y mirando el pelo reluciente y la frente tersa de D. Cesáreo, frente virgen, que no podía arrugar la contracción de un pensamiento y acaso de ningún dolor, que parecía una hermosa laguna tranquila siempre, que no la riza el viento ni la inquieta el ala de ningún pájaro.

Cuando á la puerta del casino despidióse de sus compañeros, que tenían que marchar por la mañana, apenas amaneciese, siguió D. Jacinto para su casa entre la niebla sucia que llenaba las calles. Cada farol parecía un globo hundido en una caldera de

vapores. La humedad podía mascarse... sudaban las piedras, sudaban las paredes, el aliento hendía la masa vaporosa como un chorro caliente, y como la niebla venía de allá abajo, del mar, tenía un sabor salado como de lágrimas que llorase el cielo, inundando la tierra de una tristeza silenciosa y amarga.

Y entre aquel incierto caos en que todo se veía temblando, el médico creía oír sólo dos cosas que le saturaban de angustia el alma. La firme negativa de Mercedes y el quejido débil del niño de Mariquita León. ¡Los dos lazos rotos! ¡Los dos únicos rayos de sol, ahogados, apagados para siempre en aquel montón de nieblas saladas!

## El descarrilamiento de Ataques y la Guardia civil

El interés que nos ha inspirado siempre la guardia benemérita, nos mueve á dedicar algunas líneas á los guardias del puesto de Avila, Vicente Gómez y Cesáreo González Carrero, víctimas de la catástrofe ferroviaria ocurrida hace pocos días en la línea del Norte.

Prestaban los guardias en cuestión el servicio de escolta en el tren descarrilado y ocupaban el coche que iba inmediatamente después del furgón de cabeza.

Al ocurrir el descarrilamiento quedó el vagón hecho pedazos y los guardias con las piernas apisonadas entre los barros de madera de ambos testers.

Gravemente herido el guardia Vicente Gómez y contuso de consideración su compañero Cesáreo González, permanecieron bastante tiempo en aquella angustiosa situación, de la cual y á duras penas lograron escapar con vida.

Afortunadamente pudieron ser auxiliados, y aunque lentamente ambos mejoran de sus heridas.

LA ILUSTRACION NACIONAL les desea un rápido y total restablecimiento y desea alcancen la recompensa á que se han hecho acreedores.

## Magdalena

—Salí del taller, loco, desesperado, con el alma rebosando amargura.

¡Ciego había estado hasta entonces, y me deslumbró la luz cuando la ví!

Mi hija había huido, me abandonaba, dejándome, en cambio, la vergüenza y la deshonra. Ya mis compañeros de faena me hablaron con sonrisas burlescas y reticencias irónicas. ¡Y sobre todo, aquellas palabras del amo!—«Consuélate, Juan, que es guapa, y hará fortuna.»

¡Qué trabajo me costó detenerme, Rafael! La sangre me afluyó á la cabeza; hubiera querido poder ahogar en su garganta aquello... ¡qué sé yo! Me contuve, no sé por qué... Ví á mi hija en la imaginación, tendiéndome los brazos. Entonces salí, y corriendo por las calles como un insensato, llegué, subí á saltos por la escalera, y llamé, como siempre, dando golpes con mis nudillos en la puerta del sotabanco; nadie me respondió; di un violento campanillazo, y escuché en vano; solo oí los furiosos latidos de mi corazón que parecía querer saltármese del pecho; y, sin embargo, ella debía de estar allí, donde siempre, junto á la ventana, repasando la ropa que se había de poner al domingo siguiente; apoyé mis hombros contra la puerta, y empujé, con las fuerzas de mi cuerpo y de mi alma, y la puerta cedió. ¡No había de ceder!

Entré; todo estaba en orden; yo hubiera querido que, en armonía con mi sufrimiento, estuviese revuelto, roto, despedazado, hecho mil añicos; divisé un papel sobre mi pobre mesilla, y me abalancé á cogerle como un loco. Estaba escrito por ella, por mi Leonor, con su letra garrapata y torcida; oye lo que allí ponía:

«Me voy, padre. Tengo ansia de ser admirada y de que me cortejen millonarios. Eso me han prometido, y á eso voy. Adiós. Te quiere.—Leonor.»

Aquello fué el colmo de la medida. ¿Qué pasó por mí? No lo sé. Recuerdo que caí de bruces sobre la mesa, y así estuve horas y horas. Cuando desperté de aquella pesadilla, guardé un cuchillo y aquellos billetes, para meterlos á puñaladas en el corazón del ladrón de mi honra. Esto es todo. Después, no he vuelto á saber nada de ella ni de él. Mis pesquisas han sido inútiles.

—Pues bien, señor Juan, yo he sido más afortunado que usted.

—¿Tú? Rafael... ¡Dime dónde está!

—¿La perdonaría usted si se volviese al buen camino?

—Es tarde. ¡Mi honra no puedo recuperarla así! ¿No sabes lo que es el honor?

—Sí; pero también sé que es vuestra hija, vuestro único cariño...

—Rafael...

—¿La perdonaría usted?

—¡Déjame! No sé... ¡Quizá sí!

—Entonces le llevaré á usted á verla, si ella quiere abrazar á su padre...

—No importa. Llévame, aunque no quiera...  
 —Hasta la vista, señor Juan. Ya le buscaré...  
 —No me engañes...  
 —Adiós.  
 —Adiós.

## II

—¿A quién anuncio?  
 —A un antiguo amigo de la señora. Basta que diga usted el nombre: Rafael.  
 La criada levantó un ancho y pesado cortinón de terciopelo, y desapareció. Poco después levantaba el portier, y decía: —Pase usted por aquí.  
 Rafael pasó, y, alucinado, se detuvo, apoyándose en el marco de la puerta.  
 —Sí, es ella—murmuró.—¿Qué hermosa está!  
 —¿Rafael! Qué, ¿no me conoces? ¿No te acuerdas ya de mí, de tu vecina?  
 —¿Si me acuerdo! ¿Si te conozco!... ¡Ya lo creo!  
 —la interrumpió él lentamente, con frialdad mortal.  
 —Te conocí, y te quise. ¡Qué feliz para mí fué el día en que entré en tu casa! ¡Quién me había de decir!... En fin, esto no nos importa ya... Luego, luego te fugaste con el amo del taller donde tu padre trabajaba, fuiste infame: el dinero puede mu-

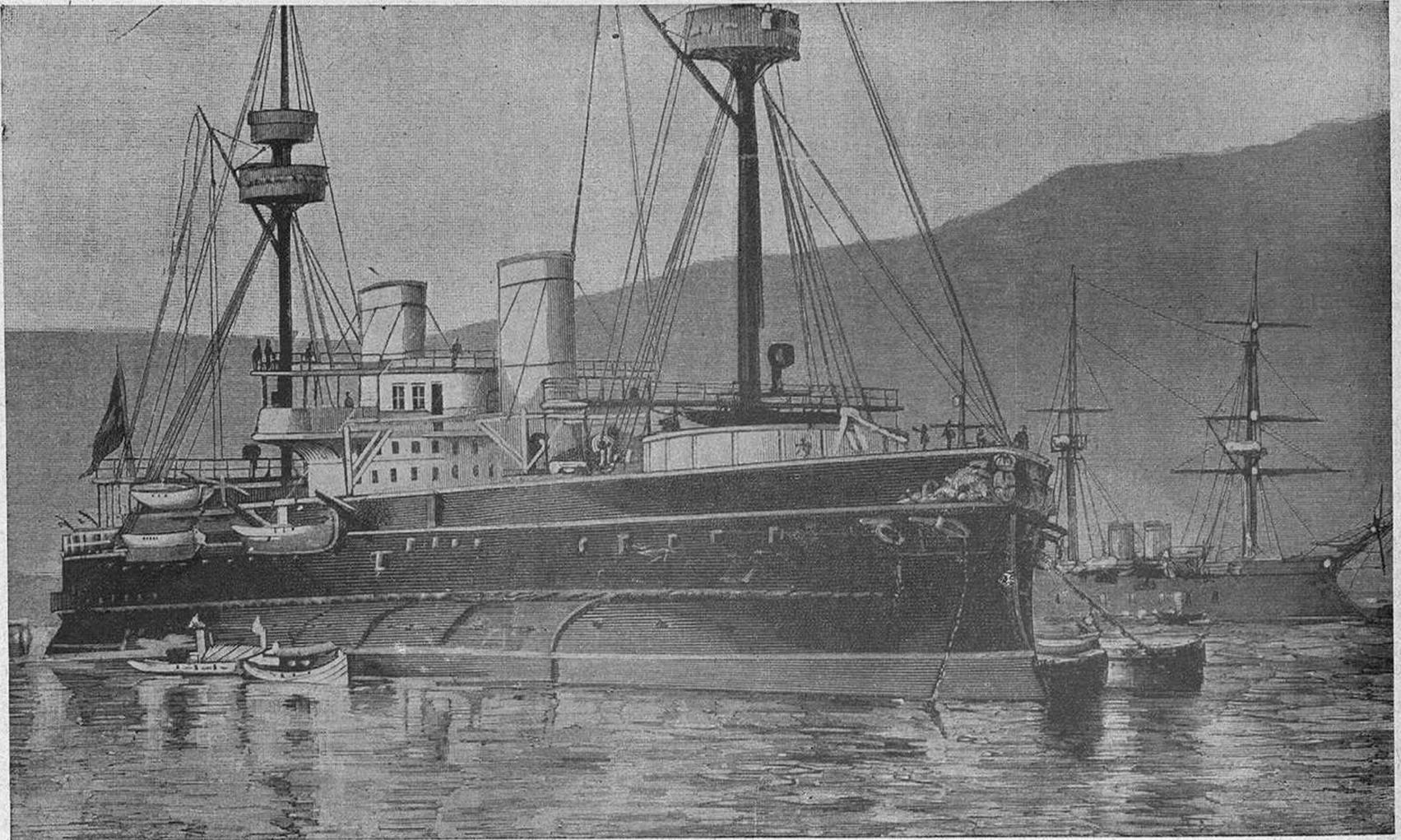
cho. Y en cuanto te arrancó la honradez te dejó, porque le había costado algo cara; y tú... tú ya tenías casa, coche, y después uno, dos... siete, siete millonarios, si mal no recuerdo, han caído en tus brazos, sacrificando su fortuna por un impuro beso de esa obscena boca. ¡Ya ves si te conozco!  
 —Sí, insúltame; ahora tienes razón; quizá luego te arrepientas. Siéntate aquí cerca, á mi lado, y sabrás por qué hui de mi casa. Aún no sé si por fortuna ó por desgracia, apenas me hice mujer, sentí ansias vehementes de ser querida. Entonces se fijó en mí alguien, que se hubiera sacrificado con tal de que un instante pusiera yo mis ojos sobre los de él, como ahora los pongo sobre los tuyos... ¿verdad, Rafael?  
 —Y si lo sabías, ¿por qué no te casaste con él?  
 —Es que mi ideal no era ese. Es que mi imaginación, subyugada á mi voluptuosidad, por las noches, en las únicas horas que el trabajo me dejaba libres, consagradas al reposo, que para mí no existía, revolviéndome en mi lecho, fatigada por el insomnio que el deseo me producía, soñaba despierta, y mi cerebro, abrasado por extraña fiebre, creaba deliciosas visiones: me veía deslumbrante de lujo y hermosura, teniendo Cresos á mis pies, solterones

empedernidos, pobres, sabios, ignorantes... tenía ansia de ser deseada, y de que se me disputaran los hombres. Algo pude lograr, pero no todo. Yo buscaba amor y respeto, y he encontrado un amor que no es amor, que mancha en vez de purificar, que me ha hecho ser despreciada por todos. Solamente un hombre me quiso como yo soñaba; entonces era poco para mi ambición; hoy sería demasiado... ¿Me oyes, Rafael?

El levantó la cabeza, y en sus ojos brilló fugitivo algo que semejaba á la chispa que surge de entre cenizas para reavivar la hoguera.

—Búscales, deja todo esto, y entrégate á él. Quizá consienta en ser tu marido—dijo recalcando las palabras con ironía, que hubiera sido difícil averiguar si la producía la rabia ó el dolor.

La cortesana se acercó aún más, apoyó sus manos en el hombro izquierdo de Rafael, mirándole fijamente, con pasión que se trasparentaba por sus pupilas, violentando la posición de su hermoso cuerpo, dibujado bajo la crugiente bata de raso, cuyas mangas se deslizaron, dejando al descubierto los esculturales brazos de Leona, que, palpitante, trémula, con las mejillas encendidas de deseo, estaba radiante de belleza. Rafael la miró un segundo; en



EL ACORAZADO «PELAYO», QUE REPRESENTA Á ESPAÑA EN LA REVISTA NAVAL DE TOLÓN

su ancha frente se reflejaron pensamientos muy opuestos, fiel trasunto de la ruda batalla que libraban en aquel hombre la cabeza y el corazón. Luego bajó la vista, y se puso á contemplar la alfombra. Leona enseñó coquetonamente el pie, tan diminuto y tan bien formado.

—¿Qué me miras? ¿El zapato? ¿Te gusta?... Tengo calor, Rafael... No hace, ¿verdad?... ¿Y tú?... A ver, dame las manos; están frías... Rafael, mi Rafael, ¿te has olvidado ya de lo que me querías? ¿Te acuerdas de cuando ibas á mi casa, y tus ojos me miraban tan fijos que me mareaban? Dí, ¿te acuerdas?... ¡Cuánto me querías entonces!

Rafael cambiaba de color á cada instante; casi dominado por esa fuerza ciega y bestial que llamamos sensualismo, no acertaba á pronunciar palabra, y sus labios, apretados, apenas dejaban paso á su anhelosa respiración. Leona, desabrochada, mostrando desnudeces de nieve y rosa, le abrazó, dejando caer su cabeza de diosa sobre el pecho de Rafael, acariciando con las ondas del rizado pelo el rostro varonil del que tanto la había amado, y con voz temblorosa de cariño, mientras se estrechaba contra él, rezó, mejor que dijo:

—Rafael... soy tuya... de nadie más...

Entonces él se desprendió bruscamente de los brazos de Leonor, y de un salto se puso en pie.

—¡Mientes! Tú no eres mi Leonor, la mujer de mis sueños, la niña inocente... eres Leona, la consagrada al dinero; eres de quien más dé por tí. ¡Esa eres tú!

—Rafael...—murmuró ella con voz ahogada por extraña mezcla de amargura y de cariño.

—Escucha, que no he venido á ser uno más... Hay algo que para mí vale más que todas las caricias que pones á sueldo: tu pobre padre te quiere ver, hablarte, persuadirse de que no es un sueño los diez años transcurridos... ¿Y tú? ¿Quieres verle?

Leona, cubierta la cara por sus manos, sollozaba, y al oír el imperioso ¡responde! que Rafael dijo al no obtener contestación, sus labios apenas si articularon:

—¿Para qué? ¿Para que me maldiga?

—¿También esa? ¡Ni verle!...

—¡Si aún me perdonara!...—murmuró Leona con acento de súplica, de oración.

—Basta. Adiós.

Ella levantó la cabeza y le miró fijamente. Las lágrimas bañaban aquel rostro encantador...

—¿Te vas?—preguntó con infinita tristeza.

—Para no volver... Lloro, hipócrita, que ya reirás en cuanto me vaya... Mira, escúchame. ¡Te odio, te aborrezco! ¿Lo oyes? El que tanto te quiso, ese que tú creíste sería capaz de satisfacer el ansia de amor puro que siente ahora tu alma, ese, ¡te desprecia, porque no mereces más!

Y la vibrante voz de aquel hombre expresaba confusamente amargo sufrimiento, celos furiosos y un amor que renace entre sus cenizas poderoso, avasallador.

La cortesana se levantó con ansias de desesperación, dió unos cuantos pasos hacia él, y se detuvo,

contenida por la fría actitud del que fué su novio.  
 —¡Me ahogo, Rafael!—exclamó con dolorosa ternura...

—Ahógate... ¿á mí qué? ¡Así fuera verdad!

Leonor no pudo resistir más; quiso hablar y le faltaron las palabras, pero en aquellos hermosos ojos se veía un reproche elocuente en su mudez. Luego, al ver salir á Rafael, todo su ser tradújose en un gesto de suprema desesperación; dió vacilante un paso, se llevó ambas manos al corazón, perdió el conocimiento y cayó desplomada...

Rafael salió, dando un portazo que se sintió en toda la casa... Fué á bajar la escalera, se detuvo volviéndose hacia la puerta, y con acento de pasión indescriptible:—¡Leonor! ¡Leonor de mi alma! ¡Cuánto te he...! ¡No! ¡Cuánto te quiero aún...!

## III

—Es imposible, Sr. Juan. No la verá usted.

—Rafael, que es mi hija...

—Escúcheme usted. Estoy loco; no sé lo que pasa por mi cerebro. La he visto, hablé con ella, y yo, que la he querido con toda el alma, sentí renacer mi amor... ¡Estaba tan hermosa...! Y me he portado como un canalla; le he echado en cara su vida, su conducta, y me pagaba mostrándome un cariño inmenso; me desesperé, salí sin acordarme de la cita con usted, y he estado vagando, delirante, llamando la atención de todos, que me miraban con la curiosidad de lo nuevo. ¡Imbéciles, que no han sentido la rabia de los celos! Llegué al viaducto; entonces

comprendí el asesinato... hubiera dado ¡qué sé yo! mi vida... por haber tenido allí al robador de mi dicha y poderle arrojar al abismo... ¡Estoy loco, sí, pero por ella!...

—Rafael—interrumpió cariñosamente el Sr. Juan, —mucho la quería, pero veo que tú la quieres más que yo... Tranquilízate, vente a mi casa y allí te estás conmigo hasta que pase todo eso. ¡Vamos!

—Vamos.  
Y allá fueron; el uno, abismado con el recuerdo de su querer, y el otro, serio, grave, con la gravedad de la desgracia respetada.

La puerta de la casa estaba entornada, tal como la dejara el Sr. Juan al salir. ¿A qué cerrarla si su hija, su único tesoro, no estaba ya allí?

—¡Qué feliz era yo entonces!—murmuró con voz tremante por la emoción el Sr. Juan, deteniéndose ante la puerta.—Aquí me esperaba ella, que salía a abrirme gozosa... Rafael, qué extraño es lo que me pasa; quisiera no entrar, porque esta casa debe de serme odiosa, y, sin embargo, me atrae algo secreto que no puedo definir... ¡Bah, sensiblerías del corazón!

El Sr. Juan empujó la puerta y se detuvo en el umbral. Vaciló, afluyendo la sangre a su rostro, llevó un dedo a los labios como si recomendara silencio y oprimió nerviosamente una mano de Rafael.

—¿Es verdad, Rafael, ó es una visión? Es ella, sí, ¡mi hija! allí está desplomada sobre mi cama, y llora... besando el sitio en que reposo mi cabeza... ¡Hija! ¡Hija de mi alma!—rugió más bien que gritó, y se lanzó a ella de un salto, con la salvaje alegría de la fiera que encuentra a su cachorro...

—¡Padre! ¡Perdón!—balbuceó ella, cayendo en los brazos del Sr. Juan.

—¡Perdón! ¿De qué? ¡Si eres mi hija! Rafael, tú la perdonas también como yo, ¿verdad? Y el pobre padre apretaba furiosamente contra su corazón el pecho de su Leonor, sacudiéndola bruscamente con arrullo salvaje.—Anda, Rafael, aquí la tienes; abrázala... si es muy buena mi hija... ¡mi hija! Mirale... si te perdona...

Leonor miró a Rafael, y su mirada, al través de sus lágrimas, tenía la tristeza del rayo de luna reflejado en la tersa linfa del lago.

—¿Es verdad?—preguntó.—¿Me perdonas?  
—Sí... pero... ¡sí! te perdono porque te quiero mucho... ¡ven! ¡ven conmigo!

Y se arrojaron el uno en brazos del otro, y sus corazones latieron juntos y se oyó el restallar ardiente del primer beso, y otro, y otro, y luego... luego Rafael se echó atrás, sosteniendo con su brazo izquierdo el cuerpo desmadejado de Leonor, se pasó la diestra por su rostro demudado, y con voz ronca:

—¿Señor Juan!  
—¿Qué? ¿Qué es ello? ¿Qué te pasa?  
—La... ¡la he ahogado!  
El padre avanzó terrible hacia él:  
—¡Infame!

Y parecía que le desgarraban las entrañas... De pronto se detuvo, se apretó bestialmente las sienes, y entre sollozos que destrozaban aquellos vigorosos pulmones de obrero recio, murmuró:

—Has hecho bien, Rafael... Has hecho bien...  
AUGUSTO VÁZQUEZ BARREDA.

¿-----?

A mi entrañable amigo el distinguido periodista Antonio de la Rosa y Díaz.

Graciosa en el andar, alta, con la esbeltez de la palmera, de pies menudos, delicadas las manos, ojos verdes y rasgados, de labios breves y encendidos, nariz graciosamente achatada, la frente alba y tersa y sonrosadas las mejillas, así era Carmen, la jovial modistilla vecina de la calle de Toledo, y conocida de todos desde el puente del mismo nombre hasta la tradicional iglesia de San Isidro.

Largo de estatura, descarnado, cetrina la color, de ojos negros como los ensortijados cabellos, muy peinados siempre a la sevillana; nariz correcta, de manos nerviosas y movimientos resolutos, tal era Emilio, competente oficial de carpintería, vecino de la calle de Lavapiés, y queridísimo en su barrio, desde la plaza del Progreso hasta el Rastro.

Se encontraron por casualidad una tarde cuando Carmen salía del taller, y Emilio, sorprendido ante ella, balbuceó un requiebro, mientras dejábala franco el camino y la miraba absorto y entusiasmado. No debió a Carmen parecerle costal de paja su galanteador, porque haciendo un provocativo mohín le decidió a seguirla.

Juntos anduvieron calles y cruzaron plazas; muy hablador él, muy dispuesta a escuchar ella. A cada piropo de Emilio respondía Carmen con una mirada cariñosa ó dábale por enterada con una sonrisa de sus labios harto significativa. Llegaron a la calle de Toledo, y frente a una casa de apariencia humilde, paróse Carmen decidida a franquear su puerta.

—Hasta mañana, vida—tartamudeó Emilio.  
—Hasta mañana—contestó ella desdibujándose en la sombra del portal ligera y azorada.

Al siguiente día, a la misma hora que el precedente, volvió el carpintero al taller donde Carmen tra-

bajaba, y como la tarde anterior, acompañó a la obrera hasta la puerta de su casa. Por el camino fuéla jurando su buena fe, y consiguió al fin escuchar de los labios de Carmen palabras de esperanza y adivinar en sus ojos destellos de cariño.

Desde aquél no faltó un solo día. Todos iba Emilio a buscarla al taller, y juntos comenzaban a recorrer calles y más calles, muy cerca el uno del otro, con las bocas casi unidas como picos de pichones que se arrullan, mirándose embelesados, confundiendo sus alientos, y asegurándose mutuamente lo inmenso y sincero de su amor. Reía la modista escuchando a su novio, y temblaba Emilio de felicidad oyendo a Carmen. Y así, muy rebujadita ella en su mantón a cuadros, que casi ocultaba con sus embozos la picaresca fisonomía de su dueña, permitiendo adivinar las líneas elegantes de su talle de niña y las curvas provocadoras de sus caderas, contoneándose al andar, luciendo al volar de su falda dos pies chiquitos y encharolados, acariciando el viento los rizos negros que formaban encantador contraste con la blanquísima frente de la obrera, y clavando sus ojales verdes llenos de voluptuosidad y de cariño, en los entornados de su novio, que medio embozado en la capa, caminaba muy cerca de Carmen, sin cesar en sus juramentos de amor, veía-seles atravesar medio Madrid, siempre amantes y afirmándose siempre que el uno sin el otro les sería la vida imposible y la existencia despreciable y aborrecida.

Una tarde llegó Emilio radiante de júbilo a las puertas del taller donde su novia trabajaba. Tenía que comunicarle una nueva feliz. Iba a establecerse por su cuenta. Un tío suyo, el mejor acomodado de todos sus parientes, le ofreció, como regalo de boda, montar para Emilio un taller sin pretensiones, y en el seguro estaba de ganar el dinero suficiente para mantener a su madre y a Carmen con relativa comodidad.

Tiempo le faltó apenas divisó a su novia que, entre un grupo de compañeras suyas salía del taller, para correr a comunicárselo. La modista lloraba de alegría.

—¿Es de veras?—preguntó recelosa.  
—Tan de veras como que está anocheciendo—respondió el jornalero.

—¿Voy a ser tu mujercita muy pronto ya?  
—Pero muy pronto—exclamó Emilio acariciándole con los ojos.

Como siempre, a casa de Carmen se dirigieron, pero tan abstraídos en sus caprichosos proyectos estaban, que ninguno advirtió que habían llegado ya y que pasaban de largo. Sin interrumpir su alegre marcha, cruzaron el puente. Ya las sombras ha-

bíanse apoderado de Madrid. Sobre las escasas aguas del Manzanares se dibujaban las líneas del puente de Toledo. El disco plateado de la luna brillaba en el fondo del río de fantástica manera. En pálida luz hallábase envuelto todo, y los melancólicos rayos del astro de la noche prestaban, con su mortecino resplandor, misteriosos matices y tintes macilentos a aquellos lugares. El viento gemía en la obscuridad. Al vocerío ensordecedor iba sucediendo un silencio sepulcral en aquellos contornos. Las dentadas siluetas de los edificios de Madrid parecían desde aquel sitio un ejército de gigantes petrificados. De vez en cuando, el rasgueo de una guitarra rompía el silencio, y cruzaban el espacio tenebroso las notas postreras de una *soleá*, los tonos románticos de una malagueña, ó los risueños albores de una *granatina*, conque algún trasnochador, ó alguna desgraciada, alegraba a sus compañeros de taberna...

Carmen y Emilio, más emocionados aún que en el primer momento, andaban y andaban despreocupados de todo lo que no se relacionase con su felicidad.

—Y no he de parar hasta ponerte coche, para que, muy envuelta en un mantón de Manila, luzcas ese cuerpecito que tan *chaleo* me tiene—decía Emilio con arrogancias de caudillo vencedor.

—A tí sí—respondió ella.  
—¿Con que no, ingrata?

—Ya lo sé, Emilio, ya lo sé—murmuró Carmen variando de tono—Te contradigo para que repitas esas cosas. ¡Si vieses cómo me gusta el escucharlas!

—Y he de comprar una casita en el campo, blanca como una paloma y rodeada de flores para vivir contigo en ella. Mira, como la que se ve allí—exclamó el carpintero en el paroxismo del entusiasmo, señalando un bulto blanco que se destacaba en las sombras.—¿Qué ganas tengo de una!

—Ya la tendrás, cuando ahorremos mucho dinero. Hasta entonces nos basta con nuestro cariño.

—Y ahora, y entonces y siempre, Carmen de mi corazón. Si ansío riquezas, para tí las deseo.

—Me conformo con tener la *seguridá* de que me quieres.

—Bien *pues* tenerla. De viejecito me estaré cayendo y mi alma será *entoavía* tuya.

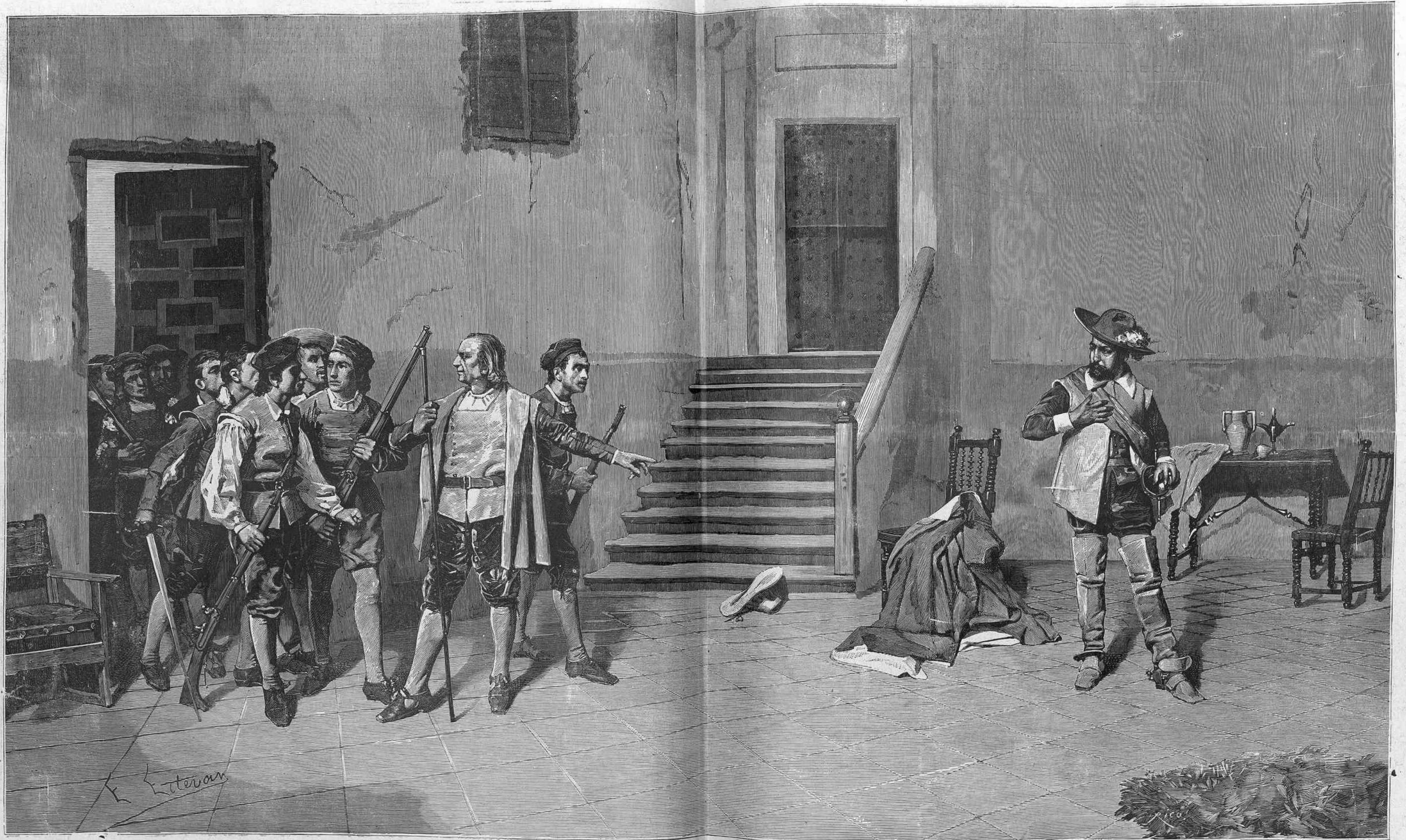
Y de esta manera, entre risas y proyectos, llegaron a la casa blanca que antes señalase Emilio.

Al fijarse en ella, los dos enamorados palidieron. Cruzaron una mirada llena de melancolía, y una idea tiranizó sus corazones, escalofriando de terror sus almas, y a los ojos a llenarse de lágrimas. Estaban frente a un cementerio...

ALBERTO VALERO MARTIN.



MARCELA EN EL BOSQUE



«EL ALCALDE DE ZALAMEA».—ESCENA IX DEL ACTO TERCERO

# EN LA VEGA

## NOVELA DE COSTUMBRES GRANADINAS

POR

JOSÉ DE LAUGI

—Creo, querido tío, que mi culpa no merece tanto castigo—exclamé medrosamente.

—No quiero discutir, y menos cuando tengo la razón. Si se tratase de un amorío cualquiera, lo tomaría como una niñada; el amor á la hija de mi enemigo y ofensor, es una burla que no tolero.

—Tío, le aseguro á usted que soy incapaz...

—Sabes mi determinación y basta. Ten un buen viaje.

Dicho esto se retiró sin delatar en su semblante la más mínima impresión de sentimiento. Aquella despedida brutal despertó en mí la dignidad ultrajada. Sabía que desistiendo de mi capricho habría vuelto á recuperar todo lo perdido, pero un sentimiento de dignidad me impedía hacer la más ligera súplica sobre su decisión, y mucho menos tratándose de asunto tan importante para mí.

Bajé del despacho viendo hundirse el mundo sobre mi cabeza. No volvería á pisar el cortijo, aquel cortijo que todos miraban como mío; mi porvenir estaba tan fracasado como fuerte era mi decisión; presentía el disgusto de mi madre cuando supiera lo ocurrido, y todo lo vi tan negro, que sentí cierto placer en arrojarme en aquel abismo de infortunios.

Rafael me esperaba en el portalón. Le encargué que mandase mi baúl á casa de Elena, y estrechando su mano, conmovido por la tristeza que revelaba su semblante, no pude contener las lágrimas y comencé á llorar como un chiquillo.

—Tó pasaré, señorito Pablo; mañana iré y hablaremos.

—Adiós, Rafael.

—No tenga usted cuidado; pronto estará usted aquí de vuelta.

—¡Eso nunca, Rafael, nunca! Si mi tío tiene dura la cabeza más la tengo yo.

Y salí á pie del cortijo que tanto quería, enjugando mis lágrimas traidoras y jurando no volver á ver á mi tío, que tan sin miramientos me expulsaba como si fuese un perro.

Cuando me ví lejos de la casa y la hube perdido de vista, eché instintivamente mano al bolsillo para contar el dinero que tenía. Conté siete pesetas y algunos perros más.

Y al verme fuera del cortijo, expulsado de él, refido con mi tío y próximo á reñir con un rival, solo en tierra extraña, con el disgusto de mi madre, mi porvenir fracasado y solo siete pesetas en el bolsillo, tuve aún suficiente filosofía para sonreírme y en medio de mi amargura preguntarme:

—¡Pero será cierto que Rosario me quiere?

### XIV

#### GUERRA Á MUERTE

Los últimos resplandores de un sol de otoño iluminaban á ras de tierra las desigualdades del terreno, dorando con sus reflejos amarillos las blancas paredes de los cortijos, brillando las verdes y blancas hojas de los álamos mecidos por la brisa y dando á toda la vega un sabor de tranquilidad y melancolía que, al chocar con la tempestad de mi espíritu, llevaba hasta él esperanzas y consuelos.

Todo era paz á tales horas; vagando por el camino en dirección de Granada, sentía el rumoroso correr del agua en las acequias jugando con el césped y los juncos que hallaba en su carrera, sentía el aire jugar con los altos chopos y las nubes aparecer sobre la sierra en revueltos y confusos grupos.

Juguete de mi destino, como las hojas de la brisa y los juncos de la corriente, contemplaba melancólico la caída de la tarde alejándome abatido de Purchil y del San Ignacio, respirando los efluvios de una vegetación humedecida por las pasadas lluvias.

Mi situación era desesperada, y mi abatimiento era superior á mis energías. Todo resultaba negro y desesperante. Mi alma, al igual que la tierra, se llenaba de sombras y tristezas, la más leve luz no alumbraba el remolino de mis pensamientos, por ningún lado una esperanza, por ninguna parte una salida. Todo me parecía odioso en aquellos momentos. Odiosa me era aquella tierra donde, con mis ilusiones, habían venido mis disgustos; odiosa aquella gente que, triste, me abandonaba; odiosa la vida tan prosaica y tan ruin; odioso todo, todo desesperante y negro como la noche que me borraba el camino, como la noche que me apagaba el espíritu.

Me senté en una de las cunetas del camino y con la cabeza apoyada en las manos, dejé un momento que

las lágrimas cayesen de mis ojos; con ellas parecía escaparse la amargura que me ahogaba; ellas, al caer sobre aquella tierra antes amada, parecían llevarse la protesta de mi cariño.

Cuando levanté la cabeza y miré á mi alrededor, la noche había caído por entero y el cielo lucía sus miriadas de estrellas y luceros. Mi vista quedó absorbida por el encanto de la noche. Al desaparecer la visión de la tierra para lucir brillante el firmamento, parecía cambiar mi espíritu las tristezas de este suelo por las esperanzas de algo más grande. Sin ser místico, hallé en aquel momento un indefinible consuelo en la contemplación de aquella belleza.

¡Cuán semejante resulta nuestra alma con el cielo! Como él, nosotros tenemos tempestades y calmas, días de alegría con noches de tristeza; como él, reflejamos la esperanza que va creciendo cada vez que sale de nuevo, para ir después menguando como blanca luna que sale y desaparece; del mismo modo que él llora con sus nubes, lloramos nosotros con nuestros ojos; en sus arrebatos es á veces temible y es otras veces arrullador, pero siempre como nuestro espíritu es grande y siempre con su luz ó con su sombra, con su día ó con su noche, airado ó apacible, nos alegra ó nos entristece...

Cansado de meditar me incorporé, disponiéndome á continuar el camino. Un hombre avanzaba hacia mí cantando:

Er niño de Crispinita  
ya no torea en Madrid  
porque tiene la contrata  
de la basura de aquí.

Cuando estuvo próximo á mí reconocí en él á uno de mis amigos de ocio. Era uno de los pajareros que acuden á tender sus redes en las inmediaciones del cortijo.

—Hola, Pechuga; ¿qué bueno traes?

—Zeñorico Pablo, ná de güeno que digamo.

—Como te oía cantar...

—Asini mos pasa á tós; cantamo como loco zin pensá en otra cosa.

—¿Pues qué te pasa?

—Coza e la vía—contestó suspirando mientras cambiaba de hombro el fardo de las redes y jaulas planas que traía;—mujere y mujere.

—Amorios, ¿eh?

—¡Callezosté, que ya no pué uno poné los ojo en una mozuela!

—Cuéntame, Pechuga, lo que te pasa.

—Pus misté; yo creo que á hombres apañaos y sin vicio no hay quien me gane. Pescando pajarillo con esta rede doy de comé á mi mama y me zobra pa echá una copa lo domingo. Pus endimpué de cuatro año de hablale á eza mozuela, va su papa y me ice que lo pájaro no dan pa el puchero y que el estoga no se llena con pluma.

—¿Y qué quieren entonces?

—¿Lo sabe asté? no. Pus yo lo mesmo. Que la niña es bonita como un zó y la pretende el niño der arcade.

—¿Es bonita?

—Tié unos ojo tan grande que paece que lleva cristales negro, con unas pestaña que ca vé que los abre y cierra l'acepilla asté la chaqueta.

—Bravo, Pechuga, no es mala del todo.

—Como merecese, un trono es poco. Pero este mardito oficio está po lo suelo. Antier, sin ir ma lejo, pesqué un cachamarín lo mesmo que un burro de goldo. Cinco cuarto me dieron por él al pie de la Torre. Asini no se llena el puchero.

—Consuélate, hombre.

—A eso voy, D. Pablo; ¿zi usté gusta tomá una copa en ese ventorrillo?

—Gracias, Pechuga. No estoy, como tú, para copas.

—Pus Dios guarde asté.

—Dios te guarde.

Las palabras del Pechuga trajeron cierto olvido á mis preocupaciones. ¡Bah! todas estas cuestiones no llenan más espacio que el de un ventorrillo á otro. Así es la vida. Las cosas son grandes porque nosotros queremos darles importancia. Todo lo vence la voluntad y lo borra el olvido. Pechuga con sus pájaros y yo con mis ahincos, venceríamos en toda la línea.

Pensando así, llegué á las puertas de Granada. Solo y sin más equipaje que las siete pesetas consabidas, entré anhelante por ver á Rosario, soñando, como los pájaros del Pechuga, con un cielo visto á través de las cañitas de la jaula.

Sin gustarme el romanticismo, soy romántico por naturaleza; lo que es que no me gustan las cosas que salgan de la poesía, sino que la poesía salga de las cosas; digo esto, porque en tales momentos, después de sacrificado todo, me parecía yo mismo un héroe de novela romántica sujeto á los mil azares del destino luchando bravamente contra todos. Y tan héroe y tan romántico me parecía, que al entrar en Granada, ciudad tan bella y tan admirada por mí, me creí digno de pisar sus umbrales en donde tan esclarecidos y homéricos personajes dejaron sus recuerdos. Ellos luchaban por una fe que tenía el premio en otro mundo; yo, más entusiasta aún, luchaba por una mujer cuyo premio me esperaba entre sus brazos.

Poco hube de esperar para la cita. Mientras preparé en casa de Elena la habitación y tomé un bocadillo, pasó el tiempo suficiente para que sonasen las nueve y media.

Tan me iba acostumbando ya á fuertes sensaciones, que no me hallaba, ni mucho menos, sobrecogido. Aquella conversación con Rosario me parecía la cosa más natural del mundo después de todo lo sucedido.

No tardé en dar con su calle, y aunque no habían sonado las diez me presenté frente á su reja.

Ella no se hizo esperar; sonaron al abrirse las vidrieras y distinguí confusamente su esbelta figura tras los barrotes. Me abalancé con vehemencia hacia la reja.

—Buenas noches; ¿es usted, Rosario?—preguntó sin lograr contenerme.

—La misma que viste y calza—contestó.

Al oír su dulce voz me quedé unos instantes sin poder hablar. Era tanto lo que yo había deseado aquella entrevista, que, emocionado, no pude decir lo que sentía. Gracias á que ella, más fresca que yo, me sacó de tan poco airoso apuro.

—¿Ve usté lo que es no pensá la cosa? Le cité á usté á mi reja y no debí de hacerlo.

—¿Por qué, si en ello no hay nada malo?

—Porque tengo novio.

Nada hasta entonces había sacudido mi espíritu con tanta fuerza; todo lo había resistido con calma relativa, pero aquellas últimas palabras debieron de caer en mí como si la casa se desplomase. Afortunadamente, era tan grave su respuesta, que sin saber cómo, mi razón la rechazó rotundamente, quizá no comprendiendo tanta desdicha en tan escasas palabras. Seguí hablando sin perturbarme, como si aquello fuera tan sólo un nuevo obstáculo que había de vencer.

—¿Que tiene usted novio? ¿Y dónde está ese novio?

—En los baños de Lanjarón.

—¿Entonces...?

—Hablo con él pa quitarme otra mosca de encima.

—¿Qué quiere usted decirme con eso, Rosario? Yo me vuelvo loco sin saber evitarlo; sus palabras de usted suenan y sonaron en mis oídos como música jamás oída de tal modo, que debieron quedar dentro de mí vibrando eternamente; amo y no sé si mi amor es locura ó es locura é insensatez lo que siento. Pero mi cariño hacia usted va siendo una pesadilla que me ahoga, y yo deseo romper de una vez estas cadenas ó estrangularme con ellas.

—Cálmese usté.

—Sí, recoméndeme usted calma, cuando acaba de arrojar sobre mí el más fuerte de todos los dolores. Yo la ví á usted una tarde que ya no recuerdo á fuerza de haberla visto tantas veces; me gustó usted porque en usted hay algo que nunca pude imaginarme; después ví en usted la dificultad y la lucha y me sentí atraído por esos ojos que no sé si serán mi cielo ó mi sepultura. Pequé, me sentí orgulloso de mis fuerzas, pensé arrancarle al destino un premio que me ponía tras mil obstáculos, y con fe ciega y amor nunca visto, desafié mi natural apacible y me lancé en pos de mis amores. Por eso pequé, por mi soberbia, y ahora, al despertar del sueño de mis esperanzas, sólo hallo la realidad de mis ilusiones muertas.

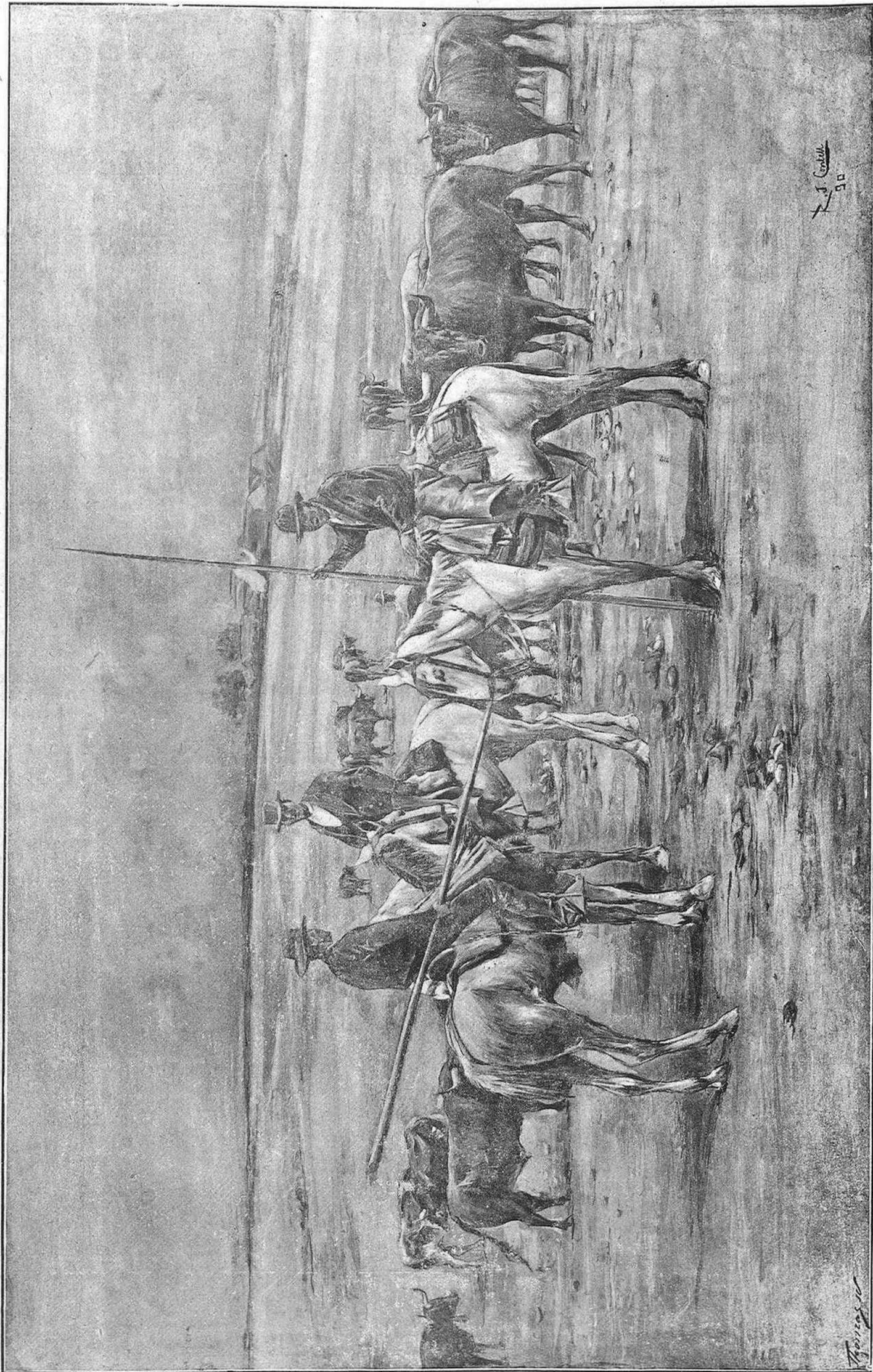
Callé, recostándome en la reja y apurando el amargor de mis lágrimas. Rosario exclamó al verme tan abatido:

—No se apure usté. Cariño encuentra cariño.

—Voy dudando de todo.

—¿Y si yo le dijera—añadió ella, escuchando sus palabras—que le quiero á usté más de lo que piensa?

(Se continuará.)



ESCOGIENDO UNA CORRIDA

## “El alcalde de Zalamea,”

La escena de esta famosa producción de Calderón que representa el grabado que publicamos, es la siguiente:

### ESCENA IX

LABRADORES.—CRESPO.—EL CAPITÁN

UN LABRADOR. (*Dentro.*)

—¡ Señor!

CAPITÁN (*Aparte.*)

—¿ Qué querrán  
Estos villanos hacer?  
(*Salen los labradores.*)

LABRADORES

—¿ Qué es lo que mandas?

CRESPO

—Prender  
Mando al señor Capitán.

CAPITÁN

—¡ Buenos son vuestros extremos!  
Con un hombre como yo,  
Y en servicio del Rey, no  
Se puede hacer.

CRESPO

—Probaremos.  
De aquí, si no es preso ó muerto,  
No saldréis.

CAPITÁN

—Yo os apercibo  
Que soy un Capitán vivo.

CRESPO

—¿ Soy yo acaso alcalde muerto?  
Dáos al instante á prisión.

CAPITÁN

—No me puedo defender;  
Fuerza es dejarme prender.  
Al Rey de esta sinrazón  
Me quejaré.

CRESPO

—Yo también  
De esotra: — y aun bien que está  
Cerca de aquí, y nos oirá  
A los dos.—Dejar es bien  
Esa espada.

CAPITÁN

—No es razón  
Que...

CRESPO

—¿ Cómo no, si vais preso?

CAPITÁN

—Tratad con respeto...

CRESPO

—Eso  
Está muy puesto en razón.  
Con respeto le llevad  
A las casas, en efecto,  
Del Concejo; y con respeto  
Un par de grillos le echad  
Y una cadena; y tened,  
Con respeto, gran cuidado  
Que no hable á ningún soldado.  
Y á esos dos también poned  
En la cárcel, que es razón,  
Y aparte, porque después,  
Con respeto, á todos tres  
Les tomen la confesión;  
Y aquí, para entre los dos,  
Si hallo harto paño, en efecto,  
Con muchísimo respeto,  
Os he de ahorcar, juro á Dios.

CAPITÁN

—¡ Ah, villanos con poder!

(*Vanse los labradores con el Capitán.*)

## Letras y letrillas

¿ Quién dijo que de España,  
la de la historia bélica,  
banderas y pendones  
se habían de plegar?  
¿ Quién dijo que era lógico  
echar cuarenta llaves  
á la mansión marmórea  
de Díaz de Vivar?  
Aún sobran aquí enjundias  
para afrontar peligros,  
aún hay quien desafia  
sereno el aquilón,  
sin importarle un bledo  
que breme el oleaje  
y aunque carezca el barco  
de vela y de timón.

América nos llama,  
el Congo nos sonríe,  
la reconquista empieza,  
sigamos hasta el fin;  
el parche bate marcha,  
y á su sonido ronco  
contestan los vibrantes  
acordes del clarín.

Sí, vamos derechamente á la reconquista de América, como antes fuimos á su descubrimiento y á su civilización.

Sólo que como han transcurrido algunos años, y con el tiempo todo cambia, hemos dado á los procedimientos un cambio en la cabeza.

¡ Y qué cambio!

Los conquistadores de ayer se llamaban Cortés, Pizarro, Almagro, etc.

Los de hoy se apellidan Balaguer, Larra, Orejón y también etc.

Las armas empleadas en aquel entonces fueron el arcabuz, la espada y la pica.

Hoy empleamos el retruécano, la pirueta y el gesto.

Nuestros actores cómicos se van.

Manuel del Palacio lo dijo hace bastantes años:

« Artistas y ruseñores,  
pájaros son seductores  
que en volar cifran su afán.  
Llenan el aire unos días  
de celestes armonías,  
alzan el vuelo y se van. »

Pero agregaba:

« Acaso mañana el ave  
recuerde con pena grave  
la jaula que abandonó.  
Acaso en extraño suelo  
no encuentre el artista un cielo  
como el cielo que soñó. »

Sueñen ó no sueñen, nuestros artistas en comedias, sainetes y pasillos no quieren ser menos que nuestros artistas en toros, y corren de agencia en agencia y de escenario en escenario, preguntando como el bolero de *Artistas para la Habana*: — ¿ Es aquí ande contratan pa er gómito?

Mas ¡ ay! ni se van todos los que debían irse, ni se quedan todos los que debieran quedarse.

¿ Qué van á hacer entre nosotros el galán Perico Latiguillo, el barba Manolo Desplantes y el gracioso Bartolomé Desdichas?

Esperar á Noviembre á ver si les caen media docena de *Tenorios*.

En cambio, ¿ á qué van á Méjico Larra y Balaguer?

Con razón sobrada habrán podido exclamar D. Cándido y Yáñez: — ¿ Es que les pagábamos á ustedes con retraso y en calderilla?

En cuanto á Ruiz de Arana, que también se va, y á algunos otros que, según parece, quieren marcharse, hay que decirles lo que digo á Balaguer y á Larra: Bien está el Papa en Roma, aunque no coma, y ustedes en el teatro de la Corredera, donde, no sólo se come, sino que se puede ahorrar.

Pero váyanles ustedes á nuestros artistas con refranes y buenos consejos.

Hacen á todo oídos de mercader, y ahí está el mal, en el mercado.

Con que ¡ sús, y al peso duro, señores cómicos!  
A pasar el charco, y á la décima función á preparar el guante para el reembarque.

Que aunque tengan ustedes  
gracia y salero  
y en América rueda  
mucho el dinero,  
deben los expatriados  
tener presente,  
que para cada duro  
van á ser veinte.

A cinco perras chicas por bisoñé.  
Y gracias.

\* \* \*

¡ Oh dulce primavera!  
¡ Oh tibio ambiente del Abril florido!  
los árboles se cubren de verdura,  
vuelven de su letargo los políticos,  
se estiran á su antojo los espárragos,  
trinan las aves y molesta el grillo.

En la actual primavera no es sólo el grillo el que va á molestarnos.

A las molestias de ese cantante troglodita, si que también efímero, se unirán las de los candidatos de todas procedencias, marcas y colores, puesto que las elecciones generales se acercan.

Hay que luchar.

Lucharán los ministeriales, lucharán los conservadores, lucharán los neutros, lucharán Costa y Paraíso, luchará el cinematógrafo republicano, luchará Iglesias...

Hasta las honradas masas lucharán.

Hoy no hay Papus con voto, y aun sin él, que no acaricie la idea de acercarse á la urna.

Si se lo permiten.

¿ Qué saldrá de allí?

Ahí va, como respuesta, un soneto de mi inolvidable amigo y maestro Eduardo de Palacio:

« Se toma del Sufragio universal  
la parte que conviene tomar de él;  
es decir, lo que tiene de burdel  
por falta de conciencia electoral.  
Si huelga un voto ó falta un industrial,  
se inventa un industrial en el papel;  
si en el censo hay un « mozo de cordel »,  
se « hace el mozo » cualquier ministerial.  
En la casa de algún « buen español »,  
del Orden, barrendero ó alguacil...  
se empadrona el que vive cara al sol.  
Después, por *unas limpias*, va al redil;  
por eso vota tanto caracol  
y triunfa luego tanto zascandil. »

\* \* \*

El número de los zascandiles es infinito.

En prueba de ello, ahí tienen ustedes en lo que han venido á parar las arrogancias y tiesuras de Emilio Aguinaldo.

Ha descendido de su pedestal con mucho menos lucimiento que D. Tancredo.

Este torero con peana suele caer, pero se levanta, y á los ocho días se rehabilita.

En cambio el otro...

Después de tantas idas y venidas, subidas y bajadas, le han cazado los yankees... con liga de cebo.

Y dirán los tagalos  
con sobrada razón:  
« ¿ Para darnos el queso  
nos pedías tesón?  
Deja ya Filipinas,  
déjala, zascandil,  
y que el yankee te exhiba  
en el *Búfalo Bil*. »

\* \* \*

El descarrilamiento ocurrido hace pocos días en la línea del Norte, ha vuelto á poner sobre el tapete la eterna cuestión de las responsabilidades.

Clama la prensa, clama el público y todos con-

vienen, ó convenimos, en que es necesario hacer algo.

Pero ese algo no parece, ni lleva trazas de parecer.

Ocurrirá ahora, y ojalá me equivoque, lo que ha sucedido otras veces.

Se escribirán unas cuantas docenas de artículos, se pedirá al Gobierno que proceda con rapidez y sin contemplaciones, y luego se extinguirá el eco de los clamores, y hasta otra.

Porque vamos á ver: si un tren descarrila espontáneamente, ¿qué responsabilidades vamos á exigir á la Compañía?

¿Que la espontaneidad es imposible?

Pues fíjense ustedes en el último descarrilamiento.

El balastro es nuevo, las traviesas nuevas, los carriles novísimos y el material inmejorable.

Y á pesar de todo, se ha producido la catástrofe.

Les digo á ustedes que...

Señalar la responsabilidad es cosa difícil, pero de verdad. Desde luego ví turbia la cuestión, pues al ir á hacer la adjudicación, todos callarán ó hablarán así: «No me mire usted, porque yo no fuí».

DANIEL COLLADO.

## TEATROS Y CIRCOS

### COMEDIA

En el número próximo nos ocuparemos extensamente de la notable compañía italiana que actúa en este elegante coliseo.

### PARISH

El sábado 6 del actual abrió sus puertas el popular y elegante circo de la Plaza del Rey con un lleno completo y un público muy escogido.

La compañía, que es verdaderamente notable, fué muy celebrada, pues cuenta con artistas de gran mérito.

Los clowns madrileños, hermanos Egochea, llamaron grandemente la atención, así como la señorita Danté, que canta y baila admirablemente.

Las señoritas Daineff, acróbatas rusas; los Avolos, muy notables en la barra fija y la polaca madame Dihanaff, domadora de focas, escucharon muchos y muy merecidos aplausos.

Este último número hace todas las noches las delicias de la concurrencia, pues es un trabajo notabilísimo.

Con los valiosos elementos que Mr. Parish ha logrado reunir, puede asegurarse que el circo de la Plaza del Rey hará una brillante temporada.

### COLON

En la misma noche que el de Parish, abrió sus puertas el circo de la Plaza de Alonso Martínez.

En palcos y butacas veíase una concurrencia tan numerosa como escogida, siendo muy celebrados todos los números del programa.

La bella funámbula Mme. Atelaine con sus ejercicios en el alambre; la señorita María Alegría y mis Claire que presenta una colección de gatos admirablemente amaestrados, fueron calurosamente aplaudidas.

No lo fueron menos los acróbatas de la troupe Riego, Mr. Seymm y Alva en sus juegos olímpicos y los graciosísimos clowns Rico é Inas.

De la compañía del circo de Colón puede decirse lo que de la de Parish: que cuenta con elementos para hacer una campaña de honra y de provecho.

## Notas de Sociedad

Ha sido pedida la mano de la distinguida y bellísima señorita María Bruguera y Bruguera, para nuestro querido amigo el joven abogado D. Pedro del Castillo Olivares y Matos, sobrino del señor Marqués de Río Muni.

La boda se celebrará, probablemente, en Junio.

Nuestra enhorabuena á los futuros cónyuges y á sus respetables familias.

\* \* \*

El domingo próximo se bailará un cotillón en casa de D. Fernando Debas.

El cotillón, que promete estar muy animado, será dirigido por la hermosa sobrina del dueño de la casa, Fernanda, y el joven escritor y abogado D. Mariano Miguel de Val.

Daremos cuenta de tan brillante fiesta.

## Pasatiempos

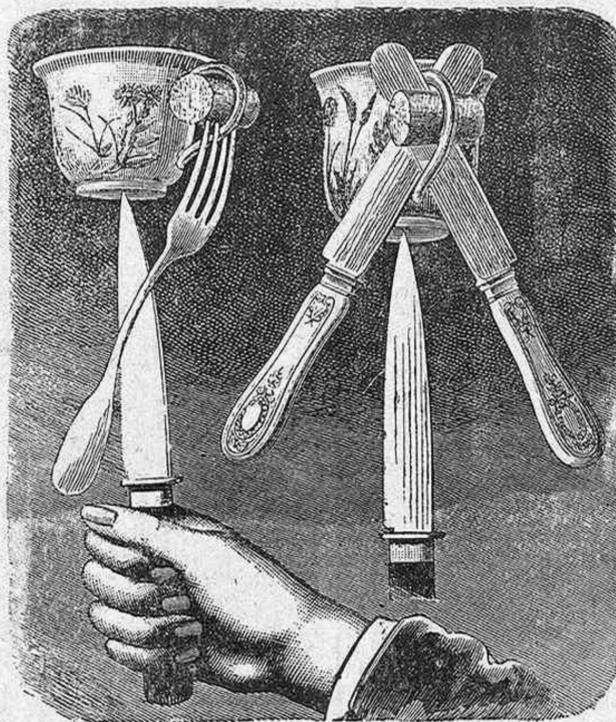
### EL TERROR DE LAS CRIADAS

Si nos proponemos sostener una taza de café sobre la punta de un cuchillo, los accesorios son bien sencillos y los hallaremos á la mano en la misma mesa: un corcho y un tenedor, he aquí todo lo que es necesario, sin prescindir de un poquito.

Se introduce el corcho en el asa de una taza de café, con bastante fuerza para que éste quede fijo, pero con cuidado para que no se rompa ó separe el asa de la taza. Se pincha el tenedor en el corcho, montándole sobre el asa, dos dientes por una parte y dos por otra, inclinando ligeramente el mango de aquél hacia la parte inferior de la taza.

El centro de gravedad del aparato, colocado así por debajo, facilitará la colocación de la taza sobre la punta de un cuchillo, y hallaremos, con la práctica, el punto exacto en que aquélla puede sostenerse en equilibrio.

Como la parte inferior de las tazas está, en general, esmaltada, se ha de evitar el temblar de la mano



que tiene el cuchillo, porque la taza no tardaría en resbalar. Para empezar, se tendrá la mano derecha cerca del mango del tenedor, con objeto de coger con prontitud aquélla, en caso de una caída.

Ultima recomendación: tomad el café antes de verificar el experimento, por lo que pueda ocurrir.

\* \* \*

Soluciones á los jeroglíficos del número anterior:

1.º INFANTERÍA.—2.º SUPERIOR.—3.º SÚBDITO.

## Reflexiones de Guillermo II



—La verdad es que ha sido una contrariedad que se me muriese mi abuela; ¿por qué quién celebrará ahora mi portentoso talento?

### “Un libro más,”

Así se titula una obra que acaba de poner á la venta nuestro buen amigo y compañero Juan José López-Serrano.

Un libro más merece leerse, pues en él se descubre un literato de altos vuelos.

Nuestra enhorabuena á López-Serrano.

## La Ilustración Nacional

### PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

#### PENÍNSULA

Trimestre.....	4,50 pesetas.
Semestre.....	9 »
Un año.....	18 »

#### EXTRANJERO

Semestre.....	12 »
Un año.....	24 »

## Carlos da Silva é Souza

Caixa, 71.—Bahía (Brasil)

Desea recibir hojas con sellos á escoger, enviando á cambio sellos buenos del Brasil.

**Eau de Botot** DENTIFRICO ANTISEPTICO SUPERIOR, EL SOLO aprobado por la Academia de Medicina de París, 17, r. de la Paiz. Paris. EN VENTA EN TODAS PARTES.

**Polvos Dentifricos de Botot** EXIGIR LA MARCA BOTOT 17, r. de la Paiz, Paris. En venta en todas Partes.

### MEMORIAS DE GORON

## RAVACHOL

Acaba de aparecer este cuarto tomo de la sensacional obra del famoso jefe de policía de París.

Traducción de RICARDO VINUESA  
Ilustraciones de ROJAS

También se ha puesto á la venta la TERCERA EDICIÓN del primero, segundo y tercer tomo.

Precio del volumen: TRES PESETAS

### VERDADEROS GRANOS DE SALUD DEL DR. FRANCK



Aperitivos, Estomacales, Purgantes Depurativos  
Contra la Falta de Apetito el Estreñimiento, la Jaqueca los Váridos, Congestionos, etc.  
Dosis ordinaria: 1 á 3 granos  
Nota en cada caja  
Exigir los Verdaderos en CAJAS AZULES con rótulo de 4 colores y el Sello azul de la Unión de los FABRICANTES.  
Paris, fabrica Leroy y principales P<sup>as</sup>

Compuesto en las máquinas LINOTYPE

ROMERO, IMPRESOR.—LIBERTAD, 31

## Sala de Armas de Pedro Carbonell

Profesor de S. M. el Rey de Esgrima del Colegio de Sargentos para Oficiales de la Guardia Civil y del Centro del Ejército y de la Armada.

Horas de clase de 8 de la mañana á 8 de la noche.

Príncipe, 16, primero.

## CALLIFLORE FLOR de BELLEZA Polvos adherentes é invisibles.

Por el nuevo modo de emplear estos polvos comunican al rostro una maravillosa y delicada belleza, y le dan un perfume de exquisita suavidad. Además de su color blanco, de una pureza notable, hay cuatro matices de Rachel y de Rosa, desde el más pálido hasta el más subido. Cada cual hallará, pues, exactamente el color que conviene á su rostro. En la Perfumería Central de Agnel, 16, Avenue de l'Opéra, París y en las seis Perfumerías sucursales que posee en París, así como en todas las buenas Perfumerías.

## SERVICIOS DE LA COMPAÑÍA TRASATLÁNTICA DE BARCELONA

### Línea de Filipinas.

Trece viajes anuales, saliendo de Barcelona cada cuatro sábados, ó sean: 5 Enero, 2 Febrero, 2 Marzo, 30 de Marzo, 27 Abril, 25 Mayo, 22 Junio, 20 Julio, 17 Agosto, 14 Septiembre, 12 Octubre, 9 Noviembre y 7 Diciembre; directamente para Port-Said, Suez, Aden, Colombo, Penang, Singapoore, Ilo-Ilo y Manila, sirviendo por trasbordo los puertos de la costa oriental de Africa, de la India, Java, Sumatra, China, Japón y Australia.

### Línea de Cuba y Méjico.

*Servicio del Norte:* Servicio mensual á Veracruz, saliendo de Santander el 19 y de Coruña el 20 de cada mes, directamente para Habana y Veracruz. Admite pasaje y carga para Costafirme y Pacífico, con trasbordo en Habana al vapor de la línea de Venezuela-Colombia.

*Servicio del Mediterráneo:* Servicio mensual, saliendo de Barcelona el 25 y de Cádiz el 30 de cada mes directamente para New-York Habana, Progreso y Veracruz.

### Línea de Venezuela-Colombia.

Servicio mensual, saliendo de Barcelona el 11 y de Cádiz el 15 de cada mes, directamente para las Palmas, Santa Cruz de Tenerife, Puerto Rico, Habana, Puerto Limón, Colón, Sabanilla, Puerto Cabello y la Guayra, admitiendo pasaje y carga para Veracruz con trasbordo en Habana. Combina por el ferrocarril de Panamá con las compañías de navegación del Pacífico, para cuyos puertos admite pasaje y carga con billetes y conocimientos directos.

### Línea de Buenos Aires.

Servicio mensual, saliendo de Barcelona el 3 y de Cádiz el 7 de cada mes, directamente para Santa Cruz de Tenerife, Montevideo y Buenos Aires. Admite pasaje y carga para Río Janeiro y Santos, con trasbordo en Cádiz al vapor de la línea del Brasil.

### Línea del Brasil.

Servicio mensual, saliendo de Liverpool el 24 de cada mes. Hace las escalas de Havre, Pasajes, Bilbao Coruña, Villagarcía, Vigo, Oporto, Lisboa, saliendo el 8 de Cádiz, directamente para Las Palmas, Río Janeiro, Santos, Montevideo y Buenos Aires, admitiendo carga y pasaje para Punta Arenas, Coronel y Valparaiso, con trasbordo en Montevideo, y pasaje para Montevideo y Buenos Aires con facultad de trasbordar en Cádiz al vapor que hace el servicio directo á dichas Repúblicas.

### Línea de Canarias.

Servicio mensual, saliendo de Barcelona el 17 y de Cádiz el 22 de cada mes, directamente para Casablanca, Mazagán, Las Palmas y Santa Cruz de Tenerife, regresando á Marsella por Cádiz, Alicante, Valencia y Barcelona.

### Línea de Fernando Póo.

Servicio bimensual, saliendo de Barcelona el 25 y de Cádiz el 30 de Enero de 1901, y así sucesivamente cada dos meses para Fernando Póo, con escala en Casablanca, Mazagán y otros puertos de la costa occidental de Africa y Golfo de Guinea.

### Línea de Tánger.

Salidas de Cádiz: Lunes, Miércoles y Viernes.  
Salidas de Tánger: Martes, Jueves y Sábados.

Estos vapores admiten carga con las condiciones más favorables, y pasajeros, á quienes la Compañía da alojamiento muy cómodo y trato muy esmerado, como ha acreditado en su dilatado servicio. Rebajas á familias. Precios convencionales por camarotes de lujo. Rebajas por pasajes de ida y vuelta. Hay pasajes para Manila á precios especiales para emigrantes de clase artesana ó jornalera, con facultad de regresar gratis dentro de un año, si no encuentran trabajo. La empresa puede asegurar las mercancías en sus buques.

**Aviso importante.**—La Compañía previene á los señores comerciantes, agricultores é industriales, que recibirá y encaminará á los destinos que los mismos designen las muestras y notas de precios que con este objeto se le entreguen. Esta compañía admite carga y expide pasajes para todos los puertos del mundo servidos por líneas regulares.

## MEDIO MILLÓN DE SEÑAS

Acaba de publicarse el *Anuario de la Exportación, Industria y Comercio*, para 1901.—Paseo Isabel II. 8, Barcelona.

CONTIENE: Las señas de **Barcelona** por apellidos y profesiones.

Las del resto de **España**.

Las de todas las naciones de **Europa** y de las **Américas** latinas.

Aranques de Aduanas de las mismas naciones.

**Informaciones para el desarrollo comercial.**

Estadísticas de exportación é importación, etc., etc.

Precio en Barcelona, **12,50** pesetas.—En el resto de España, **15** pesetas.

DE VENTA EN TODAS LAS LIBRERIAS

## VELUTINA FLORA, SIN BISMUTO

Es un polvo impalpable é invisible para el ojo más perspicaz, que blanquea y suaviza el cutis como el que más. Está preparado por la casa de *Dorin*, París, para la *Perfumería Frera*, y como todos los artículos preparados por dicha casa, están aprobados por la *Academia de Medicina* de París.

DEPÓSITO: PERFUMERIA FRERA, CARMEN, 1

EN TODA CLASE de VÓMITOS y DIARREAS  
y en toda clase de indisposiciones del tubo digestivo.

EMPLEAR los SALICILATOS de VIVAS PÉREZ

adoptados de R. O. por los Ministerios de Marina y de Guerra.

LOS RECOMIENDAN INDISCUTIBLES AUTORIDADES MÉDICAS

CELEBRAN CON ENTUSIASMO SUS EFECTOS CUANTOS LOS USARON

PÍDANSE EN TODAS LAS FARMACIAS Y DROGUERIAS DEL MUNDO

Son falsas todas las cajas que no lleven en el prospecto inscripción transparente con los nombres del medicamento y del autor.

Chocolates, Cafés, Tés, Dulces

## VIUDA DE CUNILL

Paseo de Areneros, 38.—MADRID

ALFOMBRAS, TAPICES. SE HACEN de encargo con toda clase de dibujos. Fábrica real de tapices de Stuyck.

LA CASA EDITORIAL DEL SEÑOR Núñez Samper publica la importante obra religiosa titulada *El cristianismo y sus héroes*, bajo la dirección del Excmo. é Ilmo. Señor Obispo de Sión. Va ilustrada con preciosas láminas en fototipia y fotograbado. Está terminado el tomo primero.

LA ESPAÑA MILITAR. GRAN SASTRERÍA de Antonio Mateos, maestro sastre del Real Cuerpo de Alabarderos y escuadrón de Escolta Real. Vergara, 3, principal, frente al Teatro Real.

CRÉDIT LYONNAIS.—FUNDADO en 1863. Capital, 200 millones de francos, Puerta del Sol, 10.—Cuentas corrientes. Compra y venta de monedas y billetes de Banco, giros y órdenes telegráficas de pago y cartas de crédito sobre todos los países del globo.—Cuentas de depósito.

CHOCOLATES DE VENANCIO VÁZQUEZ. Bizcochos, galletas y bombones. Clases superiores.

DINERO SOBRE ALHAJAS Y EFECTOS que convengan. Alta tasación. Intereses moderados.—Ventura de la Vega, 11, principal.

LA HURÍ.—CORSÉS DE LUJO Y económicos.—Alcalá, 4.

## Lozano. Bicicletas.

La mejor casa de España.—Economía y perfección.

## LA FAVORITA

Agua higiénica para teñir el CABELLO y la BARBA, la mejor y más barata, sin nitrato de plata ni substancia nociva, según comprueba su análisis. Destinamos 1.000 pesetas al que demuestre que en nuestro preparado existe dicho metal. Evita las enfermedades del cuero cabelludo, contribuyendo á su crecimiento; no mancha la piel ni la ropa. Usase con la mano ó esponjita. Precio del frasco, 3,50 pesetas. Por mayor, en casa del autor M. Macián, Caballero de Gracia, 30 y 32, entre-suelo, Madrid. De venta en las principales perfumerías y peluquerías.—Exportación á provincias.

## LIBRO UTILISIMO

Hemos recibido el *Manual del aspirante á cabo de infantería del Cuerpo de Carabineros*, que con gran aceptación empezó á publicarse en Septiembre del año anterior, en folletín, por el *Progreso Militar*.

El libro es de suma utilidad, pues en unas 260 páginas están comprendidas, por papeletas, todas las asignaturas que, con arreglo á programa, deben estudiarse para presentarse á examen en las Comandancias, evitándose con ello los gastos que reporta la forzosa adquisición de las muchas obras que para el caso se necesitan, además de lo fácil que se hace el estudio en la forma metódica en que aquél está escrito.

Sólo lo antes expuesto da á comprender el carácter de la obra, no siendo necesario hacer de ella elogio alguno, pues su utilidad se ve en el beneficio que produce á la clase á que está destinada.

Se halla de venta en la administración del *Progreso Militar* al precio de dos pesetas, con el 25 por 100 de rebaja á los suscriptores á dicho periódico. Los pedidos pueden también hacerse al autor, Isidoro Moreno, Comandancia de Carabineros de Algeciras.